

OCTUBRE, MES MISIONERO EXTRAORDINARIO

Andaba yo buscando ocasión de visitar la casa de un profesor allá en San Nicolás, provincia de Rodríguez de Mendoza, Perú. Me habían dicho que tenía unas plantas preciosas. Al entrar encontré no un jardín en la casa sino la casa convertida en un jardín: bandejas y macetas en la terraza, a la entrada, en la cocina y comedor, arriates en un cobertizo, multitud de plantas bonitas, orquídeas de todas clases, enredaderas que trepan por las paredes y también verduras lechugas, remolacha, rabanitos, plantas aromáticas como la ruda, la fragante huacatay, yerbaluisa etc. Estar en la casa era una delicia: colores de las plantas, perfume de las orquídeas, aroma del huacatay y hasta una suave música.

Al salir de casa, el contraste, miro la sierra, está ardiendo. Alguien le ha prendido fuego, no era la primera vez. El bosque se quema. Alguna vez no he podido aguantar ver y oler el fuego, he cogido la moto y me he ido a donde sea.

Entonces pensé y ahora vuelvo a pensar que nuestra iglesia puede parecerse a la casa del profesor, plantas selectas y muy bien cuidadas mientras el bosque se quema.

Una obsesión, bendita obsesión, del papa Francisco es salir, salir de la comodidad de la comunidad: “Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”. (El gozo del evangelio, n°. 49)

Claro que la cosa viene de atrás, desde el principio de la Iglesia, cuando los primeros cristianos estaban en Jerusalén, aumentaba su comunidad y gozaban de la simpatía de todo el pueblo (Hechos de los Apóstoles 2, 47), pero no se les ocurría salir al mundo. Las persecuciones sirvieron para que la voz de los cristianos y la sangre de los mártires produjeran fruto abundante y, en poco tiempo, el evangelio se difundió por todos los confines del imperio romano. Desde entonces nunca han faltado en la Iglesia “personas eminentes en santidad” que han llevado el evangelio a los lugares más recónditos del mundo.

El papa Benedicto XV, hace ahora 100 años, noviembre de 1919, escribió la carta apostólica *Máximum Illud* sobre la evangelización en el mundo entero. Un año antes (noviembre de 1918) había terminado la Primera Guerra Mundial que había dejado un panorama desolador en Europa. No era la mejor ocasión para promover las misiones, pero en los “tiempos recios” es cuando florecen los “amigos fuertes” de Dios.

¿Qué dice Benedicto XV en esta carta? Fácil de leer, no es larga, solo 14 páginas. Unas cuantas pinceladas no completas:

a) A los obispos de los territorios de misión: Sean el alma de la misión y padre vigilante y solícito, lleno de caridad, que abraza todo y a todos con el mayor afecto; Fomenten las vocaciones nativas que con más facilidad anunciarán el evangelio a sus propios connacionales.

b) A los misioneros: Sed misioneros del evangelio a tiempo completo y con todas vuestras energías. Vivid pobremente y con humildad. Estudiad para responder a las necesidades que se les presenten. Sed santos, amigos de Dios, porque el testimonio de una vida santa es más elocuente que las palabras. Sed valientes, porque ¿qué dificultad, molestia o peligro puede haber capaz de detener en el camino comenzado al embajador de Jesucristo?

Una alabanza especial a las mujeres consagradas a la misión. Persuádanse todas de que el fruto de su ministerio corresponderá a la medida del grado de su entrega a la perfección.

c) A todos los fieles: Colaborar con las misiones es por gratitud: llenos de alegría por la salvación, conocimiento y amistad con Jesús y por la pena de que tanta gente no lo sepa ni lo conozca ni goce de sus gracias.

Tres maneras de ayudar a las misiones:

1.- La oración, fácilmente asequible a todos, oración perseverante y humilde. La misión es toda ella obra exclusiva de Dios; pues a sólo Dios pertenece el penetrar en el corazón. Mientras los misioneros del Evangelio se fatigan en el cultivo de la viña del Señor, todos los fieles cristianos deben ayudarles con sus oraciones.

2.- Las vocaciones misioneras. Es urgente cubrir los huecos que abre la extremada falta de misioneros, agravada por la Gran Guerra, Muchas parcelas de la viña del Señor están abandonadas. A todos los obispos del mundo les dice: la más exquisita prueba de afecto a la Iglesia es fomentar la vocación misionera, en los corazones de vuestros sacerdotes y seminaristas. No os dejéis engañar, las personas que consagréis a las Misiones nunca serán una pérdida para vuestras diócesis, ya que, por cada uno que permitáis salga fuera de ella, el Señor os suscitará dentro muchos y mejores sacerdotes. (Orar y trabajar para que haya vocaciones misioneras de todas clases, sacerdotales, religiosas y laicales hoy día sigue siendo una urgencia)

3.- La limosna: El tercer recurso, y no escaso, que reclama la actual situación de las Misiones es el de la limosna, ¡Cuántas escuelas, hospitales, dispensarios y muchas otras instituciones gratuitas deshechas o desaparecidas por completo! Por causa de la guerra ((Hoy diríamos efecto de la crisis, del terrorismo, del hambre) Hacemos un llamamiento a todos los corazones buenos para que se muestren generosos en la medida de sus recursos.

Termina Benedicto XV invocando a María Reina de los Apóstoles y augurando un resurgir misionero; pero eso lo expresa mejor san Juan Pablo II: “Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo. Como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo con «María, la madre de Jesús» (*Hechos* 1, 14), para implorar el Espíritu y obtener fuerza y valor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu.” (RM 92)

Ángel Maya